

que sus esperanzas pararon en trabajos; una manga de lana, tan justa, que me espanté que siéndolo tanto, viniese bien á brazos tan pecadores; un mandil, no blanco (que era enemiga de ese color quien había sido un tiempo blanco de muchos, y ahora había quedado en blanco y sin blanca), sino de varios colores, señal de sus miserias é inconstancia. Iba en zapatillos, sacando, al pisar airoso y menudico, por debajo del faldellín los piés, tan medidos como los de Virgilio; y así eran para causar envidia á toda la musa poética. Verdad sea que los zapatos no eran, aunque pulidos, muy pequeños, porque hacen callos, y sienten las mujeres que aun por los piés las hagan callar. Estas son las que, en oyendo en las puertas basura, dan espuestas; y saliendo por las calles con su sayuelo y corpiño, por hablar con su deleite, dejarán llorar un niño todo el día; y entre puerkas y mujer, bajan al río á lavar más gualdrapas, que un esclavo, haciendo de la muñeca barreno, y cantando como un carro de bueyes bien cargado en el estío.

Consideré todas las de este cuarto; y temiendo no me sucediese lo que á los jugadores de ajedrez, que á veces les dan mate de caballos, me salí de aquí casi huyendo; y hallé á los hombres muy cerca de las mujeres (pared en medio, como dicen); y esta era su mayor locura, no querer apartarse de ellas, aunque con particular cuidado lo procuraba el administrador, por parecerle ser este el primer remedio que se les había de aplicar; mas ellos despreciaban médico y medicina, y querían más su enfermedad, que su salud, como lo sintió el acuchillado Propercio, libro 2:

Solus amor morbi non amat artificem.

Y así, obstinados en este error, acababan en semejante mal, pensaban que hacían bien; y otros (que aún es peor) veían lo que hacían; y lo hacían, como lo confiesa de sí el Petrarca en una Canción, lisiado de esta dolencia:

*Quel che, fo reggio, é non mi inganna, il véro
Mal conosciuto anzi mi sforza amare.*

Y pegósele de otro que dijo de sí mismo lo propio, Ovidio, 7, *Metamorph*:

*Quid faciam, video; nec me ignorantia veri
Decepit, sed amor.*

No estaban los locos en cuartos diferentes; porque las acciones de cada uno decían, á quien atentamente los mirase, su inclinación, su tema y su locura. ¡Cuántos ví muy galanes, y sin camisa! ¡Cuántos con caballos para pasear, y sin un cuarto para comer, y despreciados de sus damas, por no acertar á darlas gusto, andando con tantas herraduras y locuras, que de estos se podía decir: «No hay hombre cuerdo á caballo». ¡Cuántos que no tenían pan, y los tentaba la carne! Uno iba á un discreto que le notase los papeles; y otro le notaba, que era un gran majadero. Otros querían enamorar por lo lindo, muy preciados de tufos y guedejas, manos blancas, piés chicos, con zapatos romos, grandes encubridores de juanetes y sobrehuesos, teniendo ellos más, que un mal casado, siendo un Lucifer en la cara y un escuerzo en el talle, sin saber que siempre quieren ellas ser las lindas de casa. De estos uno ví, que de puro haber tenido los bigotes en pena, y enfrenado toda la noche con su bigoterá, como si fuera braquillo ó gozque, y siendo peor que macho, que éste no duerme con freno, los traía á las estrellas, y el sombrero con la falda grande le servía como de dosel. Casi todos andaban ya con platillos y valonas al uso, y azules, con que parecían sus cabezas y caras imágenes de milagro, presentadas en un plato azul; como hombres de vidrio, metidos todos dentro de valón, jubón y mangas, todo muy algodónado; y algunos de éstos iban tan disformes, que parecían preñados. Los más se acogían al sagrado de la pobreza, que es al vestido de ba-

yeta, que como tan valiente, no admite guarniciones, cuchilladas, ni prensaduras. Uno de estos había que me dió gana de reir, porque siendo un Narciso enamorado de sí mismo, y tanto, que á veces después de haberse bien mirado (que era gozarse á sí mismo) se volvía á querer abrazar su misma sombra; y así, como consigo mismo, decía que no tenía que casarse con mujer ninguna; imaginábase tal, que le parecía que hasta las aves se paraban en lo mejor de su vuelo á mirarle, de puro enamorado de él; y porque pasando un día por una calle, encontrando acaso una mula de un doctor, que mascando el freno, babeando y echando espuma, gruñendo y orejeando, volvió la cabeza hacia él, dijo á su criado:

—¿No has advertido cómo hasta las mulas me miran con rostro y ojos tiernos y alegres?

Otros había que querían enamorar por lo valiente (grandes personas del trago y tabaquera), no considerando que las más son melindrosas; y que celebrando, cuando mucho, ellas las cuchilladas desde las ventanas, ellos se quedan con las espadas y ellas con los oros y escudos. Muchos de éstos traían sombreros á orza (que ellos llaman gabión de la cabeza) con faldas grandes, encubridoras de los chirlos dados en la cara más que en otra parte; que á quien dan, no escoge. Uno de estos ví, que queriéndole otro obligar á reñir, dijo que tenía devoción de no reñir tres días en la semana, sin señalar cuál; y así volviendo la espada en espalda, dijo que iba por cólera para poder reñir el día que no contradijese al de su devoción. Unos ví que salían de noche á no más que salir de noche, hechos unos morciélagos, ó un traslado de brujos; si bien otros, conformándose con la noche que llena de lunares y pecas era por su oscuridad pecosa, en ella salían no más que á pecar. Otros ví que se enamoraban, porque veían enamorar á otros. Estos iban á todas las fiestas á enamorarse, haciéndolas días de trabajo; y á que andaban de casa en casa, como pieza de ajedrez, sin poder nunca coger la dama. Unos decían más

que sentían, y otros sentían y no decían palabra. A estos locos mudos tuve gran lástima, y les aconsejara yo que se enamoraran de unos adivinos; mas como los locos nunca oyen, mayormente consejos, no les dije nada. Los desvanecidos, sintiendo que el amor es como rayo, que hiere á lo más alto, se enamoraban de personas tan altas, que nunca las alcanzaban. De éstos hay muchos en palacio, galanes obligados á enamorar las mejores damas, sin más caudal que sus cuerpos gentiles, y no paganos, y cual ó cual faltilla personal, que se les ve á tiro de arcabuz. Los desconfiados (gente de juicio y seso, y por la mayor parte necesitados) se pagan de mujeres tan bajas, que los dejaban alcanzados. Vi á los liberales, que hacían todos los días larguezas, que no las daban, ni aun gusto; y á los lacerados que hacían todos los días de guardar, sin dejar holgar ninguno.

Los casados andaban todos con esposas; pero pocos, por eso, menos furiosos. Unos de éstos, huyendo de sus mujeres, daban en las agenas, y otros se hacían bravos porque los sufriesen; si bien algunas veces se hallaban engañados, y en lugar de leones fieros, quedaban hechos mansos corderos, y se consolaban con decir que el marido debe de ser de su mujer amado, más que temido. De éstos había muchos que hacían todo lo que querían sus mujeres; y ellas tomaban de aquí ocasión y licencia de no hacer cosa, que sus maridos deseasen. Decían éstos que la mujer es como la paja, que si la dejan en el campo y en su natural, en los pajares se conserva con agua y con los vientos; pero si en algún aposento quieren estrecharla, rompe las paredes; y así que no habían de sacar de ella más de aquel zumo que quiere dar de sí, como la naranja, ó han de amargar, sin ser de provecho. Otros tenían por amigas las amigas de sus mujeres; y algunos por comadres á las madres de sus hijos. Uno, que debía de ser mal casado, decía que no había cosa más cansada, que mujer á todas horas, puntos y momentos; y así era peor que la enfermedad; que

esta se quita á veces con medicina, y aquella sólo con la muerte. Yo estoy bien con los que llaman al casar velar y al marido velado, porque no hay cosa que tanto desvele y quite el sueño, como la carga del matrimonio, que yo tengo por carretada. Un lugar hay en Castilla, que se llama el Casar, que sólo por el nombre nunca quise pasar por él, porque quien pasa por el casar, pasará por todo. Gusto me daba el oír éste, considerando lo que pasa entre maridos y mujeres; y no pude dejar de decirle, que considerase que los miembros de los cuerpos de los casados son los mismos de la Iglesia, cuya cabeza es Cristo, y de la mujer la del marido, y que su estado le carga Dios sobre sus hombros, dándole allí una compañera que le ayude á sustentar aquel grande peso. Y en resolución, no se multiplicara el mundo, si no fuera por la mujer; y que lo propio, siempre se ha de amar más, que lo ageno; y es muy grande locura sembrar en tierras ajenas. Los gustos de la propia mujer son como los de Midas, que cuánto tocaba se le convertía en oro; y jamás el oro enfadó á nadie, ni dió disgusto. Además que si los hombres sufren á un amigo necio, un grave dolor, ó una perpetua enfermedad, ¿harán mucho en sufrir á una mujer, que viene de la mano de Dios, y que será buena si la escoge más el oído, que la vista? Mayormente que hoy día el ser malas algunas es por culpa de los maridos, que no las dan lo que han menester conforme á su estado; y mujer pobre y necesitada, dice el refrán que es medio conquistada; y marido que no provee su casa, desprovee su honra; y quien ve marido amancebado, se atreve á su mujer, como á casa desierta. Verdad es que muchos toman el matrimonio hoy día para profanar el Sacramento, y dejan tirar la carga, para cargarse con la sogá y ahorcarse con ella. Pocos he visto que hayan tenido la reverencia que se debe á tan alto misterio; que las voluntades sean unas, como la carne; iguales en el sí, unánimes en el no; tan sabrosos el uno al otro en los trabajos, como lo están en los gustos; tomando asidero, que son desiguales por la ca-

lidad, cantidad y verdad. De donde saco (hablando con el decoro debido á los privilegios de este Sacramento, humillándome á la corrección de nuestra Madre la Iglesia) que los matrimonios que hoy se usan son un contrato de una venta real, pues no se trata en ellos de otra cosa, que de venderse, y comprar el marido á la mujer ó la mujer al marido, para que después ella vuelva á vender y engañar el uno al otro, quedando después de casados como pared sin tapiz, mostrando cada uno las faltas, defectos y fealdades. Y así fué gracioso el caso que sucedió á dos novios, que diciendo él, al acostarse:

—¡Mi alma, ya somos uno los dos: la verdad es, que estos dientes que traigo son postizos!

Respondió ella, muy ufana y contenta:

—¡Mis ojos, no importa, que también traigo esta cabellera postiza!

Todo lo dicho se entiende donde no hubiere verdad, ni contento; que como es instrumento para defenderse del sol, para hacerse lunas fórmase con él la destrucción de la casa, la disminución de la honra y fama, con aumento de gustos y contrapeso de disgustos. Y como el mundo esté lleno de uno y otro, pásase todo, y llevamos, no sólo las personas, pero aun los sesos, como á mal sazonados. Y así estoy bien con mis juveniles años, y esos apartados de compañía perpetua y apesarada; que cuando quiera gustar con mi propia gracia y cuerpo de lo que gozan con uno y otro los que viven sin este yugo, no tengo miedo de mi cabeza, sino de mi alma; que lo uno se cura con el cura en la confesión, y en vida, y lo otro con sólo la muerte propia ó Extrema-unción de la agena. No quiero mujeres de mucha vida, ni de muchos días, porque son de la piel del diablo; y la más simple de ellas engañará un colegio de Catones. ¿Quién me mete á que, con la señal de la paz del cielo, siga del suelo la guerra? Porque son de tal calidad de condición, que si no las amáis, os tienen por necio; si al contrario, por liviano; si las dejáis, por cobarde; si las

seguís, por perdido; si las servís, no lo estiman; si las estimáis, os aborrecen; si las queréis, no os quieren; si no las queréis, os persiguen; si las frecuentáis á menudo, os infaman; si no las frecuentáis, sois menos que hombres. Mas digo, que por lo que hoy se pasa, más vale el humilde título de esclavo, que la borla de marido. ¿Queréis verlo? Mirad lo que cuenta un grave autor, de una pregunta hecha de un sabio á otro: ¿Qué cuando era bien casar el hombre? Le respondió, «que cuando mozo, era temprano; y que cuando viejo, era tarde». Otro dijo mejor: «que cuando vió una buena mujer, fué cuando la vió ahorcada de un árbol de manzanas, porque la pareció entonces buena fruta, y que pagaba bien y en breve el mal que de tan largo tiempo tenemos». ¡Pesia tal con las tales, ó con el mundo que las sustenta! ¿En qué ley cabe seguir tantas sinrazones, que siendo fea la tengo de querer; si rica, de sufrir; si pobre, de mantener; si hermosa, de guardar, porque no sabe tener modo en el amar, ni dar fin al aborrecer? Y así no me maravillo de aquellos dos divinos filósofos, cargados de años, ciencia y experiencia, diciendo el uno que no se quería casar temprano, porque debía esperar á que supiese más del mundo; y el otro le respondió que se engañaba, porque si conociese qué es la mujer, nunca se casaría. Dejo mil atestaciones y comparaciones; y no quiero más de lo que dijo Platón haciendo plato á un su amigo: que la mujer es como la yedra, que arrimada al tronco, se sustenta verde y fresca; apartada se seca. Más dijo, que corrompe y arranca la pared que acaricia y abraza.

Perdone todo el estado mujeriego esta humilde comparación y las otras. Y porque no deseen el fin de mi vida, y de las que haré adelante con ella y ellas, digo, por no dejarlas con disgusto, que no hay regla sin excepción; y de las susodichas siempre se hallarán algunas (y muy pocas), que siendo dulces en el alma y cuerpo, digan como la mujer de Marco Aurelio: «la que es de buena vida, no ha de temer al hombre de mala lengua;» ofreciéndome en

penitencia cerrar la mía á las suyas, porque mordiéndola no digan dos veces esta sentencia.

Volví la cabeza y vi los viudos; muchos de ellos, escarmentados de la tempestad pasada, buscaban puerto á la puerta de quien los quería acoger; y muchos se casaban por el tiempo de su voluntad. Otros había, que sacando los cuerpos vestidos de requiem enlutado, tenían las almas llenas de alegría aleluyada; y estando aún caliente la cama y no enterrada la mujer, tenía concertada otra, ó la que antes había sido su amiga (que de puro orada y arada, deseaba serlo con él); y como dolor de mujer muerta dura hasta la puerta, y aun no tanto, el día siguiente amaneció otra vez casado con una niña de oro, ó doncellidueña, más festejada de noche, que de día, y en secreto, para tenerla en público. De oro digo, pues la tomó más en cuenta de este metal, que de mujer, pensando le serviría de Indias, sucediendo tan al revés, que antes de su desposorio se gastó lo que ni fué, ni nunca pudo ser, ni será. De éstos diría yo que más aborrecen, que aman; que habiendo huído una vez de la muerte, vuelven á ella (que tal es el matrimonio, pues sólo con la muerte se deshace); que les maten en vida con las armas de Moisés, ó darles fin á los extremos de la suya con los de la cuna, ó hacer como á los ladrones, que les cortan las orejas la primera vez, para que volviendo á hurtar, sean sin más información ahorcados. Lo mismo había de hacerse con los viudos otra vez casados; pues al cabo, una buena cabra, una buena mula y una mala mujer, son tres malas bestias.

Los solteros acudían á todas partes, y eran de gusto más estragado que Ginebras, y como otro Galaor, que dice que no veía mujer que no le agradase, excepto las pintadas. Aquí se enamoraban, allí se aborrecían, y acullá pedían celos. Aquí se los daban, allí se los quitaban. Mil pelones vi con plumas, y mil desdichados con venturones. Unos concertaban mil desconciertos, y otros iban á la casa de la Gula y á la de la Lujuria. Estos más me parecían

bestias, que hombres; y así andaban los más de ellos con muletas y á cuatro piés; y de puro carnales, habían quedado sin carne, flacos, macilentos, medio muertos, sus rostros como pimientos y sin narices, como figuras de mármol muy antiguas; y al fin hediondos, podridos y hechos un Lázaro en la sepultura; y así se pudiera bien preguntar á las mujeres: ¿Dónde los habéis puesto, que tan desfigurados están? Y sólo, como tan apesados, podían servir para echados en la mar, á dar ponzoña á los peces. Entre tantos, lo que me admiró fué que ninguno negaba que estaba loco; y no por eso lo dejaba de estar.

Los más músicos gastaban sus cuerdas con muchas locas y en cantar romances con estribos, como si anduvieran de camino; y lo más era siempre cantar mal y porfiar; y basta un músico pobre á hacer huir á las mismas estrellas del cielo, mayormente si es enfadoso en el templar; que quien tal sufre, sufrirá primero diez melecinas, sin haberlas menester. Los más poetas, locos también dos veces, hacían sus coplas á quien les hacía la copla. De estos había muchas sectas; andaban casi todos, de puro hambrientos, comiéndose las uñas; y finalmente, de puro pobres en todo, daban en ser poetas de rapiña, invocando por momentos las Musas, para consonante; y ellas, á gente tan pobre, ni aun querían escucharla, cuanto más responder. Otros había que, muy en forma, se ponían á vituperar cuántos versos sabían de los mejores y más celebrados poetas. Á uno oí, que haciendo mofa de aquellas tan celebradas Liras:

Aquí lloró sentado tristemente;

decía:

*Poeta impertinente:
¿qué hombre hay, que lllore alegremente?*

No pude detenerme en escuchar más, porque hedía por allí terriblemente á meados; y era, porque yendo unos de éstos á beber á la fuente del Parnaso, las Musas, pensando

hacerles algún favor, se orinaron en ella; y así me divertí á mirar los más gentiles hombres, que hacían sus diosas á quien eran odiosos; y los más decían sus dichos á quien publicaba sus desdichas.

Andaban los aficionados por doncellas rondando calles de día, contemplando ventanas de noche; unos hablando criadas, porque los admitiesen por criados; otros cohechando dueñas, porque los hiciesen dueños, llenas las faltriqueras de papeles, y los sombreros con más cordones de cabellos, cintas y anillos de azabache, que tiene un buhonero. Loco había de éstos, que no había hablado á su señora palabra, ni la podía ver sino á tal y tal fiesta del año; conviene á saber: noche de Navidad, de Jueves Santo, de San Juan, y la Porciúncula; y el que más podía alcanzar, era hablar por señas, como si fuera mudo; y mascando una esperanza escabechada, estaba como bestia enfrenada en el pesebre, amancebado con sólo su deseo. Á unos le entretenía una criada seis años con papeles de su letra, sin que ellos entendiesen la letra, valiendo con ellos como si fuera de cambio. Entre éstos ví uno más triste que un pinar cuando anochece (y con razón mostraba haberlo sido), boquirubio, y poco ó nada curtido; porque teniendo cierta ocasión de poder tener por suya la que ya era de otro, parando en ciertos respetos y temiendo no diese ella voces, le dejó ella por un asno enalbardado (que ni silla merecía), y le envió á decir que bien podía, si no fuera tan necio, haber advertido, al preguntarla de su salud, que le dijo estaba ronca, y que no la oirían de aquí allí. No había como consolarse; porque si bien le dije que el remedio era olvidar, decía que era verdad; pero que luego se le olvidaba el remedio. Tenía éste ocasión de estar triste; pero no razón, porque se tuvo la culpa.

Los locos de monjas tenían mucho de necios, ó algún poco de virtuosos; pero á unos y á otros los llamaban los demás locos: zánganos de amor. Otros estaban muy de veras enamorados, y otros iban siempre á misa á la iglesia

del Monasterio, que es lo que hay que desear en género de locura. Todos pasaban grandes desdichas, ya aguardando á las viejas de casa, ya á las mozas que las sirven, ya sufriendo una cruel tornera, y en el torno la espuerta de las lechugas y las alcuas del aceite. Uno vi la frente señalada con los hierros de un locutorio, y otro aquí tan perdido, que se pudiera decir de él, como de Abenamar:

Á los hierros de una reja
la turbada mano asida.

Los locos de casadas se percibían de recatados; mas no por eso hacían menos locuras. Los más eran amigos de los maridos, y los menos se guardaban mucho de ellos, ó porque ellos no veían, ó no querían ver; y así raros eran los que morían de este mal. Estos, ó daban meriendas en huertas, ó prestaban coches ó aposentos de comedias, que para el señor marido no faltaba una amiga que lo llevase; y siempre ellos eran buenos hombres y lo creían todo. De locos de viudas había dos géneros: ó que eran queridos ó que no lo eran. Estos libremente pretendían cautivarse; y aquellos tenían amor sin temor, si no era cuando mucho, de algún pariente, hermano ó primos. Pasaban su carrera á rienda suelta, y eran locos desenfrenados.

Todos los locos de solteras eran muy apasionados de esta enfermedad, aunque algunos de otras, que suelen doler más, y aun hacer astrólogos á sus dueños. Los más de estos eran mocitos, hijos de vecino, cascabeles, y luego se metían á pendencieros. Otros conquistaban con amor y dinero, y raras veces dejaban de vencer, porque peleaban con armas dobles; y para estas señoras las armas más fuertes y poderosas son las de Felipe, rey de España; y los mejores vestidos son los de seda, porque se da á ellas. Los extranjeros gastaban sus haciendas, por no temer quedarse en cueros; los naturales se reían de ellos; y ellas de unos y otros.

Con este último género de locos rematé las diferencias,

que pude ver por entonces; y cuando más descuidado caminaba para otro cuarto, me hallé, sin pensar, en el primer patio, donde vi nuevas maravillas. Vi que por horas se aumentaba el número de locos. Vi al Tiempo ponerse en medio de algunos amantes, y que ellos se iban mejorando. Vi á los Zelos castigar á los más confiados. Vi á la Memoria renovar llagas viejas. Al Entendimiento en un aposento oscuro, y á la Razón con una venda en los ojos. Divertíme algún tanto en esto; mas, cansada la vista de tanta atención, volví á un lado, y vi un póstigo muy pequeño, que apenas se podía salir por él, y que la Ingratitud y Sinrazón daban por allí libertad á algunos. Yo, por gozar de la ocasión, apresuré el paso, pretendiendo ser de los primeros, á tiempo que mi criado estaba á voces llamándome, porque era muy entrado el día. Con esto volví en mí, y me hallé en mi cama; pero con algún pesar de haberme quedado en la Casa de los locos; si bien con conocimiento de que Amor y sus vasallos es todo locura; y por lo que ahora veo más despierto, doy crédito á lo que entonces ví.

Toda esta locura conocieron maravillosamente los antiguos, y muy bien Plauto, Séneca, y otros muchos, que vuesa merced habrá leído, y sabrá mejor, con que se puede confirmar por cierto la imaginación de mi fantasía: *Amor formæ rationis oblivio est, et insanix proximus.*

FIN DE LA CASA DE LOS LOCOS DE AMOR